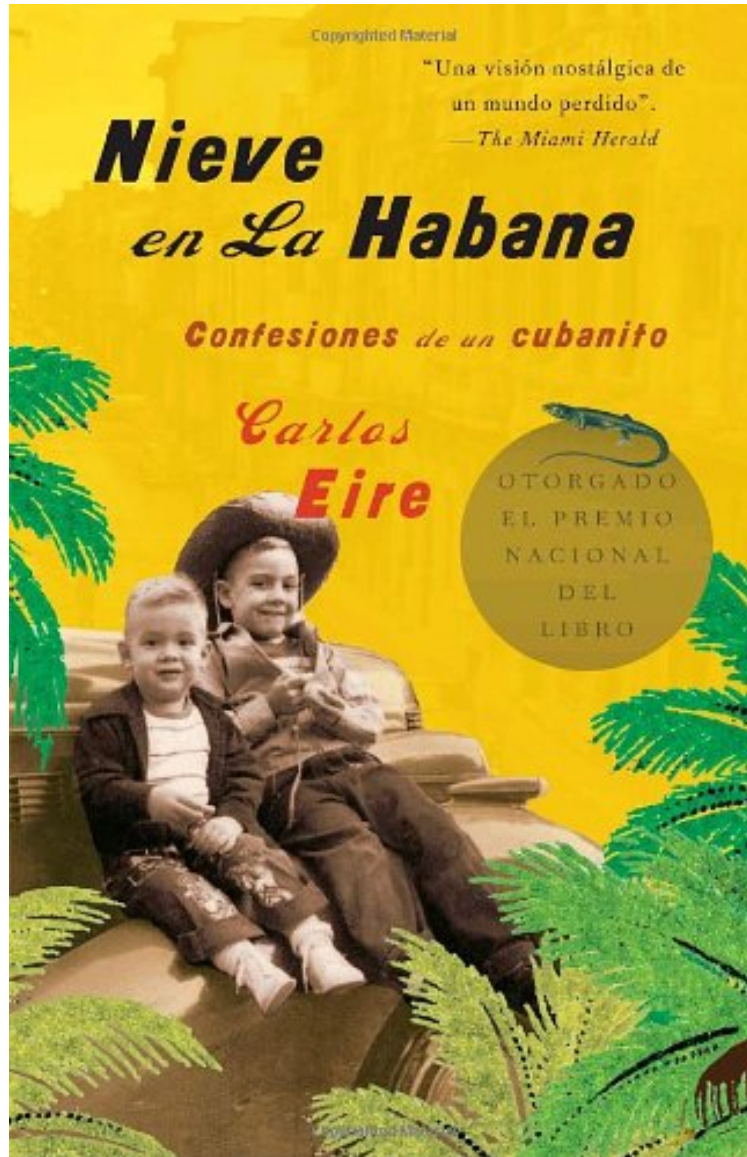


(Download free pdf) Nieve en La Habana: Confesiones de un cubanito (Spanish Edition)

Nieve en La Habana: Confesiones de un cubanito (Spanish Edition)

Carlos Eire

DOC | *audiobook | ebooks | Download PDF | ePub



DOWNLOAD



+

READ ONLINE

#174361 in Books Vintage Espanol 2007-09-04 2007-09-04Original language:SpanishPDF # 1 8.00 x .90 x 5.20l, .80 #File Name: 1400079705528 pages | File size: 54.Mb

Carlos Eire : Nieve en La Habana: Confesiones de un cubanito (Spanish Edition) before purchasing it in order to gage whether or not it would be worth my time, and all praised Nieve en La Habana: Confesiones de un cubanito (Spanish Edition):

0 of 0 people found the following review helpful. Five StarsBy capridonno habia deluciones era cubano al grano0 of 0 people found the following review helpful. Great bookBy Michealee G.Loved the story being married to a refugee it

brought all the scenarios of their lives to light. 0 of 0 people found the following review helpful. goodBy SunbirdExcellent story, informative, sensible. Lacks a little in a way of a great literary book. But, I recommend for instructive reasons.

Ten piedad de m, Seor, cubano soy. En 1962, Carlos Eire fue uno de los 14.841 nios que fueron transportados fuera de Cuba en el puente aereo conocido como la Operacin Pedro Pan exiliado de su familia, de su patria y de su propia niez por la Revolucin. Los recuerdos de su vida en La Habana cobran vida en estas memorias evocativas e inolvidables. Nieve en La Habana es a su vez un exorcismo y una oda a un mundo perdido. La Cuba de la niez de Carlos, con sus lagartijas y su mar azul turquesa baado por un sol esplendoroso, se convierte en una isla maldita con la llegada al poder de un guerrillero llamado Fidel Castro. De pronto la msica callejera se transforma en tiroteos, las pascuas navideas quedan prohibidas, la disidencia conlleva encarcelamiento y casi todos los amigos de Carlos deben irse de Cuba rumbo a un lugar tan lejano e inconcebible como los Estados Unidos. Carlos tambin termina en ese mismo exilio, y cumplir el deseo de su madre de convertirse en un hombre americano moderno aun si su alma permanece en el pas que lo vio nacer. Narrado con la urgencia de una confesin, Nieve en La Habana es un elogio a una patria arruinada y un amoroso testimonio del espritu colectivo de todos los cubanos, dondequiera que estn.

Una visin nostlgica de un mundo perdido. The Miami Herald La expresin literaria mejor lograda sobre el exilio presentada hasta la fecha. La evocacin que Eire hace de su niez es lo ms conmovedor y duradero de este libro, gracias a su extraordinaria habilidad literaria. Los Angeles Times Rebosante de detalles e imgenes maravillosas, y lleno de personajes tan bien desarrollados que parecen estar sentados a tu lado en el sof. The Washington Post Eire est dotado de lo que puede llamarse precisin lrica, la facilidad de atrapar la vivencia de un momento especifico a travs de sus detalles sensuales... Una biografa tan llena de energa como de estilo. The Boston Globe About the Author Carlos Mario Nieto Eire naci en 1950 en La Habana, Cuba, y abandon su patria a los once aos como uno de los 14.000 menores de edad que salieron sin acompaantes de Cuba por el puente aereo que ahora se conoce como la Operacin Pedro Pan. Luego de haber vivido en varias casas de acogida en los estados de Florida e Illinois, l y su hermano Tony fueron reunidos con su madre en Chicago en 1965. Su padre se qued en Cuba y muri en 1976, separado de su familia. En 1979 el autor recib su doctorado de la Universidad de Yale y comenz su carrera de profesor, primero en la Universidad de Saint Johns de Minnesota por dos aos y despus en la Universidad de Virginia por quince. Durante ese tiempo tambin pas un ao en Madrid gracias a una beca Fulbright, y dos aos en el Instituto de Estudios Superiores de la Universidad de Princeton. En 1996 regres a la Universidad de Yale, donde actualmente ocupa la ctedra T. Lawrason Riggs de Historia y Religin. Reside en Guilford, Connecticut con su esposa Jane, sus dos hijos, John-Carlos y Bruno, y su hija Grace. Este es su primer libro sin notas a pie de pgina, y la edicin en ingls fue galardonada con el Premio Nacional del Libro (National Book Award) para no ficcin en 2003. Excerpt. Reprinted by permission. All rights reserved. I One El mundo cambi mientras dorma, y para mi gran asombro, nadie me pidi el permiso. Siempre sera as a partir de aquel da. Jams haba sido de otra forma, claro est, pero no lo haba notado hasta aquella maana. Una sorpresa tras otra: algunas buenas, otras malas, la mayora ni buenas ni malas. Y siempre sin mi consentimiento. Acababa de cumplir los ochos aos y me pasaba las horas soando con las tonteras con que suelen soar todos los nios. Mi padre, que guardaba un vivo recuerdo de su previa encarnacin como Luis XVI, rey de Francia, tal vez soaba con bailes de disfraces, la turba amotinada y guillotinas. Mi madre, sin embargo, no recordaba haber sido Mara Antonieta y no poda compartir en nada de aquello. Quiz so en vez con flores exicas y finas sedas. O con ngeles, como siempre me peda que hiciera antes de dormir: Que suees con los angelitos. Que por ser ngeles pequeos, eran demasiado hermosos para ser ngeles cados. Los demonios jams pueden ser hermosos. Como siempre, el sol tropical entraba acuchillando las persianas, colndose en estrechos rayos que iluminaban mi cama y revelaban el polvo arremolinndose en ellos como galaxias en la infinitud de un cosmos que yo contemplaba extasiado. No recuerdo cuando dej mi cama, pero s me veo entrando al dormitorio de mis padres, con las persianas abiertas y todo baado de luz. Como siempre, mi padre se estaba poniendo los pantalones por encima de los zapatos. Se pona primero los calcetines, se calzaba los zapatos y vesta luego los pantalones con los zapatos ya puestos. Pas aos tratando de imitar aquella hazaa, siempre sin resultado alguno: los bajos de los pantalones se me trababan en los zapatos, y mientras ms los jalaba para pasarlos, menos se movan. En ms de una ocasin, solt unas cuantas malas palabras, arriesgndome a la condena eterna del infierno. No saba que si los pantalones son suficientemente anchos, pueden ser pasados por encima de cualquier cosa, hasta por encima de esques de nieve. Pero entonces slo se me ocurra pensar que mi padre era inimitable. Luis XVI me dio la noticia mientras deslizaba los pantalones por encima de sus zapatos sin esfuerzo aparente. Se cay Batista. Huy por la madrugada en un avin. Al parecer ganaron los rebeldes. Mentira dije. No, es verdad. Te lo juro contest. Mara Antonieta, mi madre, sentada enfrente de su tocador, me confirm la noticia sin dejar de pintarse los labios. Aquel era un mueble precioso de caoba con tres lunas: una central, y una a cada lado, articuladas con bisagras de manera que podan ser movidas a voluntad. Yo acostumbraba a moverlas hasta dejarlas frente a frente para crear reflejos infinitos. De vez en cuando, me zambulla en esa infinidad. Mejor qudate hoy en casa dijo mi madre. Dios sabe qu pueda pasar. Ni se te ocurra asomar la cabeza por la puerta. Quiz ella tambin, despus de todo, vea guillotinas en sus sueos? O quiz tan slo

eran los sensatos consejos de cualquier madre preocupada? O bien saba que cuando las revoluciones triunfan, las cabezas de la lite suelen peligrar por las calles, aun las de los ms pequeos. Era el 1 de enero de 1959. La noche anterior habamos ido a una boda en una iglesia en el corazon de La Habana Vieja. De regreso a casa, ramos los nicos en la calle. Ni un automvil a la vista, ni un alma en toda la avenida martima conocida como el Malecn. Ni tan siquiera una prostituta solitaria. A Luis XVI y a Mara Antonieta les preocup visiblemente aquello, lo muy vaca que se vea la capital, demasiada tranquila para una Vspera de Ao Nuevo. No recuerdo lo que mi hermano mayor Tony haga esa maana, ni lo que hizo durante el resto del da. Posiblemente envuelva lagartijas con alambritos de cobre que conectaba al transformador de nuestro juego de trenes Lionel. Le encantaba electrocutarlas, le fascinaba hacerlo, al tiempo que les gritaba: Electrochoque! Ja! Para que pierdan sus delirios de grandeza, para que sepan quines son! No quiero ni imaginar qu estara haciendo Ernesto, mi hermanastro. Seguro algo an ms monstruoso que lo que Tony les haga a las lagartijas. Tanto mi hermano mayor como mi hermanastro haban sido prncipes borbnicos en sus vidas anteriores. Mi hermanastro haba sido el Delfn, el heredero del trono. Un da mi padre lo reconoci en la calle, vendiendo billetes de la lotera, e inmediatamente se lo llev para nuestra casa. Mi suerte, sin embargo, haba sido peor que la de un segundn: era el nico de la familia sin un pasado Borbn. Mi padre rehusaba decirme quin haba sido en mi otra vida. No ests listo para conocer tu pasado me deca. Pero te aseguro que fuiste alguien muy especial. Luca, la hermana de mi padre que viva con nosotros, pas ese da como el ser invisible que siempre fue. Tambin ella haba sido una princesa borbnica. Pero ahora, en esta vida, era una simple solterona, una dama acostumbrada a una vida ociosa con tiempo de sobra y pocas amistades. Tanto la haban protegido de la corrupta cultura imperante en Cuba y de los piropos de los jvenes que alardeaban de dicha cultura, que qued atrapada, varada en la isla solitaria que era nuestra casa: la isla menor dentro de la isla mayor en que nos refugibamos del mal gusto y de indecencias tales como bailar la conga al comps de los tambores. Haba vivido siempre junto a su madre y una ta soltera, quien, como ella, se haba mantenido virgen sin tomar los votos. Al morir ambas, se mud a un cuarto al fondo de nuestra casa del cual nunca sala. Si alguna vez le atraves algn deseo, fue algo que jams notamos. Creo que nunca sinti nada. Ni la recuerdo diciendo nada el da de la cada de Batista y del triunfo de Fidel y sus rebeldes, aunque s recuerdo perfectamente lo que dijo das ms tarde: que a esos tipos bajados de la Sierra Maestra no les vendra mal pelarse y afeitarse. Como siempre, nuestra sirvienta trabaj ese da. Se llamaba Inocencia y era de piel oscura, del color de las berenjenas. Inocencia cocinaba, limpiaba la casa y lavaba la ropa. Siempre estaba en casa; pareca no tener familia propia. Viva en un pequeo cuarto al fondo de la casa, con su propio bao que a veces yo usaba cuando jugaba en el traspatio. En cierta ocasin, mucho antes de aquella maana en que el mundo cambi, abr la puerta de aquel bao y me la encontr desnuda en la ducha. Todava recuerdo el grito que lanz y el susto que me llev. Qued asombrado y aturdido a mis cuatro aos de edad, mis ojos clavados en sus gigantescos senos africanos. Das ms tarde, de visita en compaa de mi madre en la Plaza de Marianao, seal un estante lleno de berenjenas y grit: Tetas de negra! Mara Antonieta tap mi boca y me sac de ah a toda prisa entre las risas y las bromas obscenas de los vendedores. No entend la reaccin de mi madre y mucho menos las de aquellas personas del mercado. No era cierto lo que dije? Aquellas berenjenas eran idnticas a los senos de Inocencia, con sus aureolas y pezones. La nica diferencia era que en ella eran negras como el carbn, y las de las berenjenas, verdes. Aos ms tarde, al intentar hallar indicios de la presencia de Dios, entend que aquella similitud haba sido la primera prueba concluyente que tuve de la existencia divina. Las berenjenas quedaran como un recuerdo constante de nuestra desnudez y nuestra vergenza. Inocencia se fue a los pocos meses despus de ese primero de enero. En su lugar entr Caridad, una mujer flaca, ladrona, llena de odio, a quien mis padres terminaron despidiendo por lo mucho que robaba. Adoraba a Fidel y se pasaba el da escuchndolo en la cocina, aquellos discursos que interrumpian los mambos y chachachs de la programacin radial, la nica msica cubana que escuch en casa. Mi padre, el otrora Luis XVI, slo permita que se escuchara msica clsica en la parte principal de la casa. Recordaba haber conocido alguno de aquellos compositores cuya msica le gustaba escuchar, y adoraba aquellos conciertos en Versalles. En casa, la msica cubana estaba restringida a la cocina y al cuarto de la criada. A Caridad le encantaba molestarme cuando mis padres no estaban en casa. Pronto lo van a perder todo, me deca. Pronto los ver barriendo el piso de mi casa. Pronto te ver en tu elegante club de la playa sacando los latones de basura, mientras yo nado en la piscina. Y con una sonrisita de bruja, me amenazaba de que me hara dao si le deca algo a mis padres. S mucho de bruja, Chang me oye. Le pongo mucho aguardiente y tabaco bueno. Te voy a echar una bruja a ti y a toda tu familia. Chang y yo les vamos a zumbiar un montn de maldiciones. Mi padre ya me haba advertido de los poderes malficos de Chang y los dioses africanos, contndome de hombres que haban muerto en plena juventud, de seoras que se haban enamorado locamente de sus jardineros y de nios desfigurados sin remedio, por lo que no me atrev jams a abrir la boca. Aun as, creo que de todas formas nos hizo una bruja por no permitirle seguir robando y burlndose de nosotros hasta que llegara el momento, muy pronto, cuando al fin se adueara de la casa. Sus demonios nos cayeron encima con la misma rapidez que los rebeldes cayeron sobre la Isla aquel da. Como siempre, las lagartijas no notaron lo sucedido. A pesar de lo que Tony, mi hermano, les gritaba al electrocutarlas, no creo que se hagan ideas, ni se vean a s mismas como importantes. Saban de sobra quines eran. Nada cambi para ellas aquel da, nada jams cambiara. El mundo les perteneca en su totalidad desde siempre, libre de vicios y virtudes. Trepaban por las paredes de la terraza, corran por sobre las brillantes baldosas con filigrana del piso. Reposaban en las ramas de los rboles, tomaban el sol encima de las piedras. Colgaban de los techos a esperar

alguna mosca que les sirviera de merienda. Nunca se enamoraban, ni pecaban, ni corrían peligro de que se les rompiera el corazón. Desconocían toda traición, toda humillación. No necesitaban las revoluciones, ni tampoco soaban con guillotinas. No le tenían miedo a la muerte ni a ser torturadas por niños. Los maleficios no las mortificaban, ni tampoco les preocupaba la existencia de Dios, ni la desnudez. Sus patas se asemejaban mucho a nuestros brazos y piernas, de la misma forma que las berenjenas parecen senos de mujer. Las lagartijas eran espantosas, de eso no cabe duda, o por lo menos así me parecía en aquel entonces. Me hacían dudar de la bondad del Creador. Nunca besar una lagartija, pensaba yo. Jamás. Quizás las envidiaba. Su lugar en la tierra parecía más seguro que el nuestro. Nosotros perderíamos nuestro lugar, nuestro mundo. Allí siguen ellas, sin embargo, echadas al sol. Como lo han hecho siempre. Viendo pasar los días.